

TURISMO Y DESARROLLO ECONÓMICO

La literatura económica ha asumido definitivamente que el turismo es una opción positiva para el desarrollo económico, especialmente por su capacidad para difundir efectos en cadena sobre el conjunto de la economía a través del multiplicador del gasto turístico. No obstante, es cierto que este hecho no se produce siempre y en cualquier circunstancia, sino que el territorio receptor de la actividad turística debe reunir una serie de condiciones y el proceso de desarrollo debe responder a un modelo adaptado a sus especiales circunstancias.

Numerosos estudios han puesto de manifiesto la importancia del turismo como motor de transformación social y herramienta para favorecer el desarrollo sostenible. Desde el análisis del papel del turismo internacional en la provisión de divisas, o su contribución al equilibrio del déficit comercial de la balanza de pagos, hasta su capacidad para generar empleo, o para incrementar los ingresos fiscales –y, con ello, las posibilidades de intervención pública para la mejora del bienestar de los ciudadanos, son muchas las contribuciones (entre otros, véase Pearce, 1989; Lanza y Pigliaru, 1994; Sinclair y Stabler, 1997; Sinclair, 1998; Lickorish y Jenkins, 2000; Goded, 2002; Lanza et al., 2003; Cortés-Jiménez y Artís, 2005; Tribe, 2005; Vanhove, 2005; Cooper et al., 2007) que reconocen el potencial del turismo en la estrategia de desarrollo económico.

En los últimos años, se han realizado interesantes aportaciones a la literatura científica sobre la importancia del turismo como factor de crecimiento económico. De hecho, estudios recientes, realizados para países como España (Balaguer & Cantavella-Jordá, 2002; Cortés-Jiménez y Pulina, 2006; Nowak et al., 2007), Grecia (Dritsakis, 2004), Mauricio (Durbarry, 2004), Turquía (Gunduz y Hatemi, 2005), Corea (Oh, 2005) o Taiwan (Kim et al., 2006), vienen a demostrar que existe una correlación positiva y estadísticamente relevante entre exportaciones por turismo y crecimiento económico. Igualmente, existen estudios recientes en los que se analizan las relaciones de causalidad entre comercio internacional y turismo en países como Australia (Kulendran y Wilson, 2000) o China (Shan y Wilson, 2001); o en los que se demuestra la relación entre inversión directa extranjera y turismo, también para el caso chino.

En la práctica, organismos internacionales, agencias internacionales de cooperación al desarrollo y ONGD vienen impulsando estrategias de fomento del turismo como herramienta para el desarrollo económico de los países pobres. Pero también en países desarrollados, como son los de la Unión Europea, el turismo es utilizado como instrumento de diversificación de la estructura productiva de territorios en los que la agricultura o la industria cada vez ofrecen menos oportunidades, convirtiéndose en una actividad clave en los procesos de innovación y desarrollo rural (Pulido, 1997).

El turismo, en efecto, presenta una serie de características que lo convierten en una actividad a tener en cuenta en los procesos de desarrollo, de tal forma que su adecuada gestión puede generar una serie de efectos positivos en el desarrollo económico de cualquier territorio. Las singularidades que posee el turismo, y que se erigen en oportunidades a la hora de implementar una estrategia de desarrollo económico, han sido resumidas, entre otros, por Sharpley y Telfer (2002), Martín y Sáez (2006) o Cooper et al. (2007). En cualquier caso, para aprovechar todas estas oportunidades, debe aplicarse una adecuada política de gestión turística, que asegure que el crecimiento turístico de los territorios se convierta en desarrollo turístico, y que éste influya de

forma positiva en el desarrollo económico de los mismos. Sin embargo, el turismo también genera riesgos y amenazas, que pueden afectar de forma negativa a ese proceso de desarrollo, sobre todo, si la actividad no se gestiona de forma correcta, pues, como toda actividad económica, el turismo no está exento de costes. En este sentido, se hace necesario conocer cuáles son esos riesgos con el fin de minimizarlos y corregirlos en la medida de lo posible. Goded (1999) o Cooper et al. (2007) relacionan estos riesgos.

En este monográfico de la Revista de Estudios Empresariales. Segunda Época, titulado *Turismo y Desarrollo Económico*, se ponen de manifiesto algunas de estas cuestiones y, sobre todo, se dan a conocer algunos casos en los que, efectivamente, el turismo se convierte en un elemento clave en la estrategia territorial de desarrollo.

Los profesores Flores y Barroso, de la Universidad de Huelva, han centrado su trabajo en el análisis de las relaciones entre actividad turística y desarrollo sostenible, destacando la importancia que históricamente ha venido teniendo el paradigma de la sostenibilidad en el desarrollo del turismo. La literatura científica reconoce que es en el ámbito local en el que se producen las mayores oportunidades para la implementación de una estrategia de sostenibilidad del turismo, y en este ámbito la Agenda Local 21 se ha erigido en uno de los principales instrumentos a la hora de impulsar procesos de desarrollo sostenible. Los autores profundizan en el estudio del fomento del turismo en la Agenda Local 21 del municipio de Punta Umbría, poniendo de manifiesto, a partir de la descripción del proceso metodológico seguido para su elaboración, cómo el turismo ha sido contemplado desde la propia ciudadanía como una de las principales líneas estratégicas a la hora de acometer un proceso de desarrollo sostenible para este municipio.

En el ámbito del desarrollo local se circunscribe también el trabajo de la profesora Andrade, de la Universidad de Extremadura, cuyo objetivo es mostrar desde un punto de vista práctico el proceso de planificación turística llevado a cabo sobre un territorio bañado por el embalse extremeño de La Serena. La consolidación durante los últimos años de nuevos segmentos de demanda que muestran un claro interés por lo natural, por el turismo activo y de aventuras ofrece una oportunidad de diversificación y desarrollo para el medio rural en general y para el sector empresarial dedicado al turismo de naturaleza en particular, lo que está permitiendo situar en el mapa turístico a territorios que, como anteriormente se señalaba, tienen serias dificultades para sobrevivir en un entorno de creciente incertidumbre para la agricultura tradicional. Partiendo de un análisis de la oferta y demanda turística real del territorio, la autora ha identificado las debilidades, fortalezas, amenazas y oportunidades del destino en la actualidad y, a partir de ellas, formular las estrategias y acciones a emprender a fin de posicionar al embalse entre los destinos turísticos de costa interior españoles.

La tercera aportación a este monográfico es la del profesor Sánchez Rivero, también de la Universidad de Extremadura, que, de nuevo, tiene una connotación territorial importante. Su objetivo es el de presentar algunas herramientas analíticas para detectar la posible presencia de autocorrelación espacial en el análisis de las variables turísticas y, a partir de ellas, identificar la presencia de *clusters* espaciales, tanto a nivel global como a nivel local. También se pretende demostrar que la representación cartográfica de los datos turísticos enriquece de forma considerable los análisis que se realizan, ya que permite detectar relaciones entre destinos o puntos turísticos que, de otra forma, sería imposible ni siquiera intuir. En efecto, la dimensión espacial de la actividad turística ha quedado hasta ahora relegada en la mayor parte de los análisis, y en un momento como el actual, de creciente globalización y en el que las fronteras físicas cada vez son menos influyentes en el mundo del turismo, las actuaciones

realizadas en destinos vecinos tienen un efecto evidente sobre el resto. Aplicado al caso extremeño, este trabajo viene a demostrar que, en efecto, existe autocorrelación espacial entre destinos turísticos cercanos y que este hecho debe ser determinante en los procesos de toma de decisiones que conlleva la gestión activa de cualquier destino.

Finalmente, y también en el ámbito de la generación de *clusters turísticos*, de creciente interés de la literatura científica dedicada al turismo, se incluye la aportación del profesor Merinero, de la sevillana Universidad Pablo de Olavide. El trabajo centra su interés en el análisis del capital social como instrumento básico de la competitividad de un destino turístico, aplicando para ello el análisis de redes sociales. La capacidad del destino para resolver de forma conjunta problemas comunes a través de la colaboración y la cooperación de los diferentes actores que intervienen en la actividad turística se ha convertido hoy en un elemento clave de la gestión de un destino y, por ende, en un factor básico para su posicionamiento competitivo en un entorno crecientemente dinámico. El autor demuestra, a través del estudio de varios casos, que existe una clara correlación entre el nivel de desarrollo turístico alcanzado por un territorio y las características de las relaciones que se producen entre los actores implicados en el mismo. Efectivamente, a mayor desarrollo turístico más compleja es la red de actores que intervienen (tanto en densidad como en número) y más estables y formales son dichas relaciones, estableciéndose una mayor dinámica colaborativa público-privada.

La sección Tribuna incluye el artículo titulado “Los derechos de emisión como instrumento para alcanzar Kyoto: el caso del sector eléctrico” de Fernández López, Fernández Fernández y Olmedillas Blanco, de la Universidad Autónoma de Madrid. El número se cierra con la reseña del libro *La Bioeconomía: economía del tercer camino, entre la antigua economía y la nueva economía global* de Mansour Mohammadian realizada por Concepción Martínez Alcalá y María José Villa Cascos.

Juan Ignacio Pulido Fernández, Universidad de Jaén
Coordinador del número 2/2008